



www.loqueleo.com/es

© 2007, Fernando Lalana / José M.^a Almárcegui

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-184-5

Depósito legal: M-1.225-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2017

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1808

*Los cañones
de Zaragoza*

Fernando Lalana

&

José María Almarcegui

loqueleg

Previo

El arrojo y la insensatez, el valor y la locura están separados, con frecuencia, por un algo impreciso, tan sutil como el susurro del vuelo del águila.

5

La perversidad y el patriotismo se distinguen entre sí, a menudo, tan solo por el brillo del oro que les otorga precio.

La ambición, si no es desmedida, ni es ambición ni es nada.

La vida y la muerte son las dos caras de una misma moneda; una moneda que continuamente resbala entre nuestros dedos, sin que nada podamos hacer por evitarlo, y cae aleatoriamente de un lado o del otro, con un tintineo alegre y escalofriante.

El amor y la guerra son como hermanos siameses, pues la dificultad para separar al uno de la otra es casi siempre notable. Y resultaría sorprendente averiguar cuál de ellos ha causado más víctimas a lo largo de la historia.

Primera parte

El encargo

Lunes, 15 de mayo

La dama del Rialto

Don Miguel de Alcolea, conde de Fuenclara, llegó caminando a las inmediaciones del puente del Rialto procedente del teatro de La Fenice. Y volvió a quedarse boquiabierto. Desde su llegada a la ciudad de la laguna, iba de sorpresa en sorpresa.

Venecia lo tenía maravillado desde el momento en que puso en ella el pie, cuarenta y ocho horas antes, procedente de Bolonia y Florencia, y, antes aún, de Roma. Traía abundantes referencias de amigos viajeros y él mismo conocía otras ciudades europeas surcadas por canales; pero ni en toda una vida habría podido imaginar urbe tan fascinante.

Aquel entramado de iglesias y *palazzos*, *piazzas*, *campos* y *fondamentos*, unidos entre sí por una telaraña de aguas turbias y malolientes, conformaba un laberinto seductor en extremo, apenas transitable a pie por calles imposibles, que parecían desembocar en sí mismas, docenas de pequeños puentes, y callejones cuya anchura podía medirse con solo extender los brazos.

Venecia era una ciudad para navegarla. La fachada principal de los grandes palacios era siempre la que se

asomaba a los canales. A muchos edificios solo se podía llegar en góndola, pues carecían de acceso desde la calle.

Don Miguel venía de entrevistarse en La Fenice con un noble napolitano, un *baronet* de apellido Mastretta, un tipo estrafalario e insoportable, visto desde el sobrio carácter del aragonés.

10 No había concierto ni función alguna ese día en La Fenice, pero el famoso teatro de ópera se atestaba cada tarde de gentes que acudían a sus salones a exhibirse, a negociar, a conspirar o a disfrutar de amores prohibidos en una suerte de interminable entreacto teatral.

En la sala Dante, ante dos copas de vino rosado, y de modo aparentemente distraído, Mastretta le había indicado al español la siguiente etapa en el largo camino que le iba conduciendo, poco a poco, hacia su objetivo. Un camino que le había ocupado ya las últimas dos semanas. Un camino que el conde empezaba a dudar de que tuviera fin.

El puente del Rialto es el más famoso de los que permiten cruzar sobre el Gran Canal, el más famoso de toda Venecia, de una hermosura legendaria, era lo suficientemente ancho como para albergar viviendas en sus dos laterales y seguir permitiendo el paso de los viandantes entre ellas, por su calzada central.

Al bajo de una de esas viviendas se dirigió don Miguel. Empujó la puerta de madera y cristal y se percató al instante de que se trataba de un comercio de tejidos. Un

hombre elegantísimo, de aproximadamente su misma edad, lo miró desde el otro lado de una larga mesa atestada de lujosas piezas de tela.

—Buenas tardes —saludó el noble, en su precario italiano—. Me llamo Miguel de Alcolea, conde de Fuenclara. Soy español.

—Español, claro. No hay más que ver cómo viste —respondió el veneciano con un leve rictus de desagrado—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor conde? ¿Quiere un traje para carnaval? Puedo venderle la tela más especial de toda Venecia y recomendarle al mejor sastre.

11

—No, gracias. No deseo comprar nada. Voy buscando... al equipo.

El veneciano alzó una sola ceja.

—¿Equipo? ¿Qué equipo?

Don Miguel suspiró profundamente. Aquella búsqueda había sido desde el principio una auténtica carrera de obstáculos. Estaba empezando a perder la paciencia.

—Se trata de un grupo de hombres... —explicó el conde—. Se hacen llamar el Equipo de Artillería. O algo similar. ¿Sabe de lo que le hablo?

El italiano retrasó un puñado de segundos su respuesta. Como si estuviese terminando de analizar a su visitante.

—Sé de lo que me habla, señor De Alcolea. Y también sé quién es usted. En realidad, le estaba esperando. Un emisario de Mastretta me alertó de que vendría. Y... por cierto, no es «el equipo» sino «la *squadra*».

—¿La... escuadra?

—Eso es. Se trata de un término militar. Tal vez al idioma castellano podría traducirse también como «el grupo» o «el equipo». Pero es la escuadra, como usted dice. La Escuadra de Artilleros.

—Ah, entiendo... Ha sido un malentendido, entonces. Una mala traducción. Pero se trata de ellos, sin duda.

El comerciante sonrió y, acto seguido, giró ligeramente el rostro hacia la trastienda.

12 —¡Antonia! —exclamó.

Y de allí, de la trastienda, un instante después, apareció de súbito la muchacha más hermosa que don Miguel hubiese visto hasta entonces, en su ya larga vida. El de Fuenclara fue consciente de que jamás olvidaría aquel momento. Antonia no tendría más de veinte o veintidós años, vestía con exquisita elegancia y los larguísimos rizos dorados del cabello contrastaban fuertemente con sus ojos negros y, sin embargo, inocentes.

—Le presento a mi hija Antonia, señor conde. Ella le acompañará.

—¿Quiere decir que... ella me va a conducir hasta la escuadra?

—No pregunte más y déjese llevar.

La joven sonrió encantadoramente, se acercó al español y le ofreció su brazo antes de abandonar el establecimiento.

En ese momento, don Miguel deseó intensamente tener treinta años menos y ser más agraciado físicamente. De haber sido así, habría probado suerte. Habría tratado

de enamorar de algún modo a aquella maravilla veneciana. Pero las cosas eran como eran. Su única baza era el dinero. Se podía considerar a sí mismo como un hombre rico; al menos, para un país como España. Pero conocía a una docena de caballeros mucho más pudientes que él, que habrían dado la mitad de su fortuna por enamorar a Antonia. Seguro que a una mujer así le sobraban pretendientes imbatibles. Así que el conde sopesó sus posibilidades en cinco segundos y decidió que eran tan remotas que no merecía la pena intentarlo. Optó por disfrutar de la mera cercanía de la muchacha. De su contacto tibio. De su aroma.

13

Apenas pusieron el pie en la calle, don Miguel se sintió blanco de la envidia de cuantos hombres se cruzaban. Le pareció una sensación maravillosa, nunca antes vivida. Duró poco, eso sí, porque a escasos metros de la escalinata del puente, Antonia lo condujo hasta uno de los embarcaderos a la orilla del Gran Canal y lo invitó a subir a una góndola.

Se recostaron en el pequeño diván de dos plazas situado en el centro de la embarcación y la chica cerró el toldillo, con lo que quedaron a cubierto de las miradas ajenas. Cualquiera pensaría que se trataba de una de tantas parejas de enamorados que recorrían los canales manifestándose su amor.

El conde se sentía tan turbado por la presencia de la chica que ni se le pasó por la cabeza resistirse lo más mínimo cuando Antonia le obligó a cubrirse los ojos con un pañuelo de seda negra.

—Es por vuestra seguridad, señor conde. Sería muy peligroso para vos conocer el camino que vamos a seguir. Daremos, además, un cierto rodeo. Relajaos y disfrutad de la travesía.

La góndola abandonó pronto la suave algarabía del Gran Canal y se internó en el silencioso laberinto de canales menores del barrio de Castello. Esa fue la última referencia que tuvo el noble de la ruta que seguían. A partir de ahí, solo quejidos de madera y chapoteos leves.

14 Tras deslizarse durante veinte minutos por canales tan angostos que apenas permitían el paso simultáneo de dos góndolas, se detuvieron ante la puerta de un viejo *palazzo* cercano a la iglesia de Santa María Formosa.

En ese tiempo, Venecia había pasado de la última luz del atardecer a la noche casi cerrada.

Ayudado por Antonia y el gondolero, el noble español desembarcó titubeante y entró en el edificio. La muchacha deshizo entonces el lazo del pañuelo, lo dobló y se lo guardó en la bocamanga del vestido. Luego, tras acariciar la barbilla del hombre a modo de despedida, regresó a la góndola y esta emprendió el camino de regreso.

—Adiós, Antonia —susurró el hombre, demasiado tarde para ser escuchado—. Mil gracias.

Al verse allí, solo, don Miguel sintió un escalofrío.

Se encontraba en una suerte de vestíbulo largo y estrecho, carente de mobiliario. En penumbra casi completa. Al fondo se adivinaba más que se veía una escalera de hueco minúsculo. No existía otra puerta que la que acababa de atravesar y salir por ella suponía arrojarse a las

aguas del canal, así que avanzó hacia la escalera, como su único destino posible. Y, al llegar a ella, comenzó a subir los peldaños.

Nada permitía adivinar qué podía encontrar más arriba.

Ascendió cincuenta y un peldaños en nueve tramos sin encontrar rellano o descansillo alguno. La pared que formaba la caja de la escalera, y por la que don Miguel, en su ascenso, fue deslizando la yema de los dedos, carecía de interrupciones.

Al llegar a una altura equivalente a la de un tercer piso, la escalera desembarcó súbitamente en una sala de considerables dimensiones, iluminada por una soberbia araña de cristal de Murano con doce bujías. A esa luz distinguió don Miguel, al fondo de la estancia, a un hombre, sentado en un sillón tapizado en terciopelo azul, flanqueado por otros dos caballeros con aire de espadachines, vestidos de oscuro, uno de negro, muy alto; el otro, de gris. Tocados ambos con sombreros de ala ancha que casi les ocultaban el rostro.

—*Buona sera...* —susurró el recién llegado.

—Adelante, adelante, don Miguel —dijo el hombre del sillón, en perfecto castellano. Y, por su tono de voz, el conde dedujo que era joven, en el entorno de los veinticinco años.

—Permítame presentarme, señor De Alcolea. Mi apellido es Cienfuegos.

—Mucho gusto —añadió mecánicamente el conde, mientras se acercaba muy lentamente, todavía sopesando

los riesgos a los que se enfrentaba—. Veo que no necesito tarjeta de presentación. Además, habla usted mi idioma con una corrección sorprendente.

—El español es mi lengua materna. Nací en América, en tierras del Virreinato del Perú. Pero eso es algo que carece de importancia en este momento, ¿no cree?

—Supongo que sí. Dígame, caballero. ¿Es usted la persona con la que necesito hablar? El responsable de la llamada Escuadra de Artilleros.

16 —En efecto. Yo soy la persona a la que usted lleva buscando por toda Venecia las últimas cuarenta y ocho horas.

Don Miguel de Alcolea sonrió, mientras suspiraba con alivio.

—¡Por fin...! El camino hasta ustedes parecía no acabar jamás. Han sido no menos de doce los contactos intermedios desde que me facilitaran en Roma la primera pista. Casi diez días de búsqueda, los dos últimos en Venecia, y otros tantos en Florencia y en Bolonia.

—Lo sé. Yo lo dispuse así, amigo mío. Solo quienes muestran suficiente perseverancia pueden llegar a disfrutar de nuestros servicios. Si alguien se rinde antes de llegar a la meta, seguramente puede solventar sus problemas de otro modo.

Cienfuegos se levantó del sillón. No era muy alto, pero sí bien parecido. Se dirigió a una cercana mesa auxiliar y seleccionó dos catavinos de un juego de seis.

—¿Un oportó?

—Sí, gracias.

El joven eligió una botella y llenó las dos copas.

—Y ahora dígame qué se le ofrece.

El conde de Fuenclara se mojó los labios en el vino, que tenía el color del buen coñac. Trataba de elegir bien las palabras que debía pronunciar. Se aclaró la garganta.

—Verá, señor Cienfuegos. Necesito su colaboración. Sus servicios, quiero decir. Los suyos y los de sus hombres, claro está. Tengo entendido que efectúan, digamos..., acciones arriesgadas a cambio de dinero.

El americano sonrió.

—No se ande con rodeos, señor De Alcolea. Nuestro oficio es muy antiguo y tiene un nombre concreto: somos mercenarios. Pero sepa de antemano que no aceptamos cualquier trabajo. Ni a cualquier precio.

—Entiendo.

—Explíqueme sus necesidades y veamos si es posible llegar a un acuerdo.

Había llegado la hora de la verdad. El conde sorbió ahora un trago largo del oporto, con la esperanza de que el alcohol le ayudase a expresarse con fluidez y convicción.

—Verá... Represento a cierta sociedad mercantil y filantrópica de mi ciudad. Mis socios y yo acabamos de cerrar un importante trato comercial con..., digamos, con un comprador de primera categoría, cuya identidad me va a permitir que pase por alto. El objeto del trato ha sido la venta de cierta obra de arte muy singular, que requiere un cuidadoso desmantelamiento antes de proceder a su traslado y entrega al comprador.

El joven americano, que había regresado a su asiento, se revolvió en él.

—Haga el favor de no andarse con innecesarios misterios. Sé que su comprador vive en los Estados Pontificios, pues ese fue el origen de su viaje. Su cliente, por tanto, ha de ser alguien cercano al pontífice. Incluso he llegado a pensar, fíjese, que podría tratarse... del propio papa Pío VII.

18

Como respuesta, Fuenclara palideció intensamente, lo que provocó la sonrisa de Cienfuegos.

—No se apure —continuó el americano—. Le aseguro que la identidad de su cliente me importa un bledo. Sin embargo, sí tengo curiosidad por saber qué clase de obra de arte ha sido objeto de venta y, naturalmente, lo que usted y sus socios pretenden de nosotros.

El conde asintió antes de continuar.

—Se trata de un retablo.

Cienfuegos alzó las cejas.

—Eso es algo muy grande.

—Doce piezas de madera policromada y sobredorada. Las mayores, de una altura de cuatro varas castellanas¹. Una vez desmontado, puede transportarse todo en un carro de buenas dimensiones. Su misión y la de sus hombres sería... efectuar el traslado y la entrega.

—Desde España hasta Roma.

—Eso es.

Cienfuegos se acarició el mentón durante unos segundos.

¹ Una vara castellana equivaldría aproximadamente a 80 cm.

—Me temo que usted y sus socios han elegido un mal momento para llevar a cabo su negocio, señor conde. España es un país ocupado por el ejército de Napoleón, el más poderoso de Europa. Por supuesto, estamos al tanto de los acontecimientos acaecidos en Madrid en los primeros días de este mes. Si, como parece, la rebelión de sus paisanos contra los franceses se extiende por el país, la respuesta de Bonaparte será tan contundente como lo fue en la capital.

Don Miguel sintió que el éxito de su misión se alejaba. Decidió contraatacar de inmediato.

—Por eso mis socios y yo hemos decidido recurrir a ustedes. El comprador ha aceptado la venta y pagado el precio por adelantado. Mis socios y yo ya no podemos echarnos atrás.

—Mal asunto, don Miguel. Mal asunto.

El tono irónico del americano había resultado casi hiriente en los oídos de Fuenclara, que decidió ir al grano.

—Él mismo, el comprador, digo, es quien nos ha recomendado contratar los servicios de su... escuadra. Estamos dispuestos a pagar cien mil reales de plata por el trabajo.

Los tres artilleros carraspearon levemente, al escuchar la oferta. Cienfuegos se acarició largamente el entrecejo. Parecía estar intentando contener la risa.

—Señor De Alcolea... —murmuró, al fin—. Contratar a la Escuadra de Artilleros para cualquier acción de guerra cuesta, como mínimo, cuatro veces más. Lo siento.

Creo que se han equivocado al pensar en nosotros. Quizá encuentren otro modo de cumplir con su negocio.

El español se frotaba nerviosamente las manos.

—Tal vez..., tal vez podríamos doblar nuestra oferta.

Cienfuegos chasqueó la lengua.

—Seguiría siendo insuficiente. Lo lamento, pero el precio que usted nos propone está muy lejos de lo que podemos aceptar, dado el riesgo de la misión. No insista. Abajo le espera una góndola que le llevará a donde usted le indique. *Buona notte, signore.*

20

El peruano se levantó del sillón. Sin brusquedad, pero con la suficiente determinación como para dejar claro que estaba dando por terminada la entrevista. Sin embargo, el conde de Fuenclara decidió quemar su último cartucho.

—¡Espere! Espere, por favor... Piense que no les estoy pidiendo una acción de guerra, señor Cienfuegos. Es tan solo una misión de... de custodia. De seguridad. En realidad, la nuestra es una ciudad tranquila. Siempre lo ha sido. Zaragoza no es Madrid. No hay por qué esperar grandes problemas. Quizá una mayor presencia del ejército francés en los próximos meses, pero estoy seguro de que ustedes sabrían encontrar el modo de...

—*Saragossa.*

Quien había interrumpido el vacilante discurso del noble no era Cienfuegos, sino uno de los hombres que lo escoltaban. El hombre vestido de negro.

—*La sua città é... Saragossa* —insistió.

—Sí. Zaragoza. *Saragossa* en italiano —aclaró, perplejo, el conde de Fuenclara.

Ocurrió entonces algo inesperado. El de negro se acercó a Cienfuegos y le cuchicheó unas pocas palabras al oído. Aquello pareció desconcertar al americano, que replicó en voz igualmente baja. En ese mismo tono apenas audible, intercambiaron ambos varias frases rápidas, al final de las cuales el americano se encogió visiblemente de hombros. Acto seguido, se acercó lentamente a don Miguel. Cuando habló, dejó patente que lo hacía con cierto disgusto.

—Lo haremos por doscientos cincuenta mil reales de plata.

El noble vaciló.

—Es mucho dinero. No sé si...

La mirada de Cienfuegos cortó de cuajo la réplica del español, quien rectificó de inmediato.

—De acuerdo —aceptó.

Se estrecharon las manos.

—Necesitaremos toda la información que nos pueda proporcionar. Hemos de valorar el material y el número de hombres necesarios para cumplir el encargo; pero, en cualquier caso, trataremos de llegar a Zaragoza lo más rápidamente posible. Cuanto antes podamos estar allí, más posibilidades de éxito tendremos. Según nuestras informaciones, España se precipita hacia una guerra que no puede ganar. El tiempo juega en nuestra contra.

El conde acogió aquellas palabras con un gesto de desánimo que ocultó de inmediato.

—Bien. Enviaré un mensajero para que nuestros carpinteros aceleren el trabajo. Espero que el retablo haya sido desmontado cuando ustedes lleguen a Zaragoza.

—¿Tan complicado es?

—Me temo que sí. Se trata de una tarea minuciosa y que, además, solo puede llevarse a cabo de noche.

Cienfuegos sonrió, con cierta amargura.

—Entiendo. Para que nadie sea testigo de cómo usted y sus socios están expoliando los tesoros artísticos de su ciudad.

22 —Oh, no, no... El retablo no pertenece a la ciudad, sino al patrimonio de la parroquia de San Juan el Viejo. Y el señor párroco considera que el dinero que la Santa Sede pagará por él servirá para compensar a la ciudad por esa pérdida, pues podrán llevarse a cabo numerosas obras de caridad. Al fin y al cabo, el retablo se hallaba en una capilla lateral del templo y nadie le había prestado nunca demasiada atención. Uno de nuestros socios descubrió que era obra de un conocido artista italiano de la época que ustedes llaman *rinascimento*. Alguien mucho más valorado en Italia que en España.

El americano seguía sonriendo. Su sonrisa decía no creer nada de cuanto le explicaba el noble.

—Pero seguro que a sus conciudadanos les resulta difícil comprender todos esos... detalles.

Fuenclara tragó saliva.

—Ya sabe: el pueblo llano se muestra las más de las veces necio e imprevisible.

Cienfuegos sintió deseos de replicar a la afirmación del conde, pero decidió poner fin al tema y cambiar de tercio.

—Supongo que habrá traído consigo medios de pago.

—Así es.

—La persona que le va a acompañar a su residencia le indicará los pormenores. No se vaya aún de Venecia. Antes de veinticuatro horas nos pondremos en contacto con usted para ajustar los detalles de nuestra misión.

—Les quedo muy agradecido, señor Cienfuegos.

—Todavía no hemos hecho nada para merecer su gratitud, señor conde. Pero tiempo al tiempo.

23

«*Dei machina*»

Una vez que don Miguel hubo salido de la estancia, Cienfuegos se acercó al hombre de negro.

—¿A qué viene esto, jefe? Con doscientos cincuenta mil reales castellanos, suponiendo que esa gente los pague, no es seguro siquiera que consigamos cubrir gastos. ¿Qué te ha hecho renunciar a exigir nuestras condiciones habituales?

El hombre de negro se acarició la perilla y se atusó el bigote con la mano izquierda, en un gesto que repetía más de cien veces al día.

—Zaragoza —dijo, de nuevo.

—Zaragoza, sí —repitió el otro—. Una ciudad española que, como el resto del país, dentro de nada será un infierno. ¿Qué interés tienes en ir a Zaragoza?

—Creo que allí creó Dios sus máquinas.

Cienfuegos y el hombre de gris parpadearon ante aquella misteriosa afirmación.

—¿Qué dices...? Oye, Paolo, ¿de qué estás hablando? ¿Has perdido el juicio?

Por toda respuesta, el hombre de negro hizo un gesto a los otros dos para que le siguiesen. En silencio, se dirigieron a la parte trasera del palacio y descendieron por una escalera que, al contrario que la delantera, sí permitía el acceso a los pisos intermedios del edificio.

24 En el inmediatamente inferior, un almacén diáfano huérfano de ventanales, se guardaban las piezas de artillería que utilizaba la *squadra* en sus acciones: falconetes, ribadoquines y sacabuches; algunas piezas de a ocho y de a doce libras; tres cañones bastardos, de a dieciséis; otro, legítimo, también de a dieciséis, un polvorino, de los empleados para probar mezclas, un par de carronadas, y, en el centro de la estancia, sobre su plataforma giratoria marcada como una rosa de los vientos, su mejor arma. El que ellos denominaban «cañón de Flandes».

Los tres hombres se situaron en torno a la impresionante pieza de bronce rosado, de casi cuatro metros de largo y más de cinco toneladas de peso, incluida la cureña.

—Lo llamamos el cañón de Flandes porque lo compramos allí, en la ciudad de La Haya. Sabéis que se trata de una pieza excepcional, de alcance inusual y precisión inaudita. Con una elevada cadencia de fuego y, pese a ello, ajeno por completo a los problemas de calentamiento y deformaciones tan habituales en otros cañones. Está fundido en una aleación de bronce endurecido, cuya tenacidad y resistencia es superior a la del hierro.

El comandante de la *squadra* acudió a un mueble secreter del que tomó una gran lupa redonda y, con ella en la mano, se acuclilló junto a la pieza de artillería y señaló con el dedo una inscripción que nacía en la parte baja del segundo anillo.

—Toma. Lee ahí.

Cienfuegos, algo extrañado, tomó la lupa. Tras localizar la inscripción, la leyó en voz alta.

—«*Dei... machina*».

—Eso es. Traducido, quiere decir...

—Lo sé. En latín: «La máquina de Dios». Aunque está al revés. Debería ser «*Machina Dei*».

—Quizá. Pero la traducción no admite dudas. Y, justo debajo de esas palabras, puede leerse otra.

—Sí, ya la veo. Zaragoza.

—En efecto: Zaragoza.

Cienfuegos volvió a comprobar la inscripción con ayuda de la lupa.

—Sigo sin entenderlo, Paolo.

El comandante acarició la superficie del cañón antes de continuar.

—Tú mismo has comprobado en combate que se trata de una pieza excepcional. Incluso su calibre, de a veinte, está fuera de lo habitual. Pero no es única. Desde hace tiempo circulan por Europa, en manos muy diversas, otros cañones gemelos de este, con sus mismas cualidades. Y con idéntica inscripción: «*Dei machina. Zaragoza*».

—Lo sé, Paolo. Pero sé también que su origen es un misterio. En la ciudad de Zaragoza no existe ninguna

fábrica de cañones. Nadie sabe dónde ni cuándo se fundieron. Lo más probable es que la mención a Zaragoza no indique el lugar de fabricación de la pieza, sino que se trate de una marca personal del fundidor; tal vez un homenaje a su ciudad natal. O quizá sea el nombre con el que decidió bautizar a este modelo concreto.

—Quizá... O tal vez sí fue fabricado en Zaragoza, en una fundición artesanal de la que no tenemos noticia. El hecho de que existan solo unas pocas piezas, seguramente no más de una veintena, avala esa hipótesis.

El tercer hombre, el que vestía de gris y que hasta entonces había permanecido en silencio, irrumpió de improviso en la conversación.

—Aunque esos cañones se fundiesen en Zaragoza, lo más probable es que la fábrica haya desaparecido. Hace al menos quince años que se pusieron a la venta a través de tratantes de armas centroeuropeos. Algunas piezas cambian de manos, pero no aparecen nuevas unidades. Por otro lado, sé de algunos artilleros que viajaron hasta España con la intención de encontrar esa misteriosa fábrica de cañones y volvieron con las manos vacías. Yo mismo fui uno de ellos.

—¡Cómo...! —exclamó Cienfuegos—. ¿Has estado en Zaragoza, Giuliano? ¿Cuándo fue eso?

—Hace unos... seis años. Acompañé al coronel Scarpino, tan obsesionado como tú con esas «máquinas de Dios». Pasamos allí una semana sin lograr que nadie nos diera razón de ninguna fábrica de piezas de artillería. Se trata de una ciudad que aún vive básicamente de la agricultura. No

hay otra cosa que iglesias, conventos y hospitales. Los mayores hospitales que he visto en mi vida.

—Pero tiene universidad —terció Cienfuegos—. Y de cierto prestigio.

—Es verdad. Y, con el mecenazgo de algunos hombres notables, se han creado cátedras, entre otras, de Física y Química, dotadas de excelentes laboratorios. Y por ahí iniciamos nuestras pesquisas el coronel y yo. Sin embargo, el camino emprendido no nos llevó a ninguna parte.

El rostro del hombre de negro no ocultó su contrariedad.

—Pese a todo, estoy convencido de que tengo razón y de que existe realmente esa fábrica de cañones excepcionales.

—De que existe, o al menos existió, no hay duda —dijo el tal Giuliano—. En algún lugar tuvo que fundirse esta pieza. Y el resto de la serie. Y, desde luego, lo más lógico es que fuera en Zaragoza.

—A no ser que, realmente, fueran creados por Dios —ironizó Cienfuegos.

Los ojos del hombre de negro chispeaban de emoción. Estaba claro que no escuchaba las palabras de sus compañeros.

—Si pudiésemos hacernos con sus diseños —murmuró—, con sus técnicas de fundición, con la composición de sus aleaciones..., podríamos crear la mejor unidad de artillería del mundo.

—Para nuestro tamaño, tal vez ya lo somos...

—Requerirían nuestros servicios desde las cuatro esquinas del mundo. El Oriente, las Indias, las Américas...

Guerras las hay en todas partes y, con esos cañones, una unidad como la nuestra sería poco menos que invencible. ¡Podríamos pedir los honorarios que nos vinieran en gana!

—¡Paolo...!

Paolo Sidonia pareció despertar de un sueño.

—¿Qué ocurre?

—¿De veras nos vas a llevar a todos a Zaragoza en busca de una leyenda?

28 Sidonia emitió un sonido sibilante antes de responder.

—Os voy a llevar a Zaragoza para desentrañar un misterio que todos los artilleros de Europa desearían resolver. Estoy convencido de que las «máquinas de Dios» se fabricaron allí. Y de que sus secretos allí permanecen.

—Ya has oído a Giuliano: otros han tenido tu misma convicción y han fracasado.

Sidonia sonrió.

—Nosotros tendremos una ventaja sobre ellos, Sebastián: dentro de muy pocos días, Zaragoza será una ciudad en estado de guerra. Vosotros sabéis de sobra lo que eso significa: el sufrimiento, la desesperación, el hambre y la cercanía de la muerte trastocan las prioridades de los hombres. Guardar un secreto o revelarlo es algo que pierde importancia cuando la propia vida pende de un hilo. Y, en esas circunstancias, vosotros y yo nos movemos como pez en el agua. Si Dios creó estas maravillosas máquinas de guerra en Zaragoza, y estoy seguro de que así es, daremos con su taller. Os lo garantizo.

—¿Y si no fue Dios, sino el diablo? —aventuró Cienfuegos.

—¡Entonces, mejor todavía!

Giuliano Espósito y Sebastián Cienfuegos se miraron entre sí con inquietud, mientras su jefe, el exbrigadier de artillería, Paolo Sidonia, estallaba en una larga y sorda carcajada.